

Aquesta és la idea central del següent capítol, titulat “Les temps de l’*Emporia*”. És, podríem dir, el nucli principal del llibre on s’analitza el pas dels tràfics irregulars i poc estructurats a un autèntic comerç, amb negociants i intermediaris al si dels poders locals. L’autor no limita el concepte dels *emporia* al món grec, i el fa extensiu a altres situacions que van des dels assentaments fenicis (Toscanos, Lixus) als foces del golf de Lleó (Marsella, Empúries) o altres de la costa ibèrica (Picola). Destacaria les reflexions metodològiques al voltant del cas de Lattara, i els límits i possibilitats que des de l’arqueologia hi ha per reconèixer grups ètnics en la cultura material (pàgines 152-156).

Finalment, l’últim capítol (“*Lieux de l’échange et réseaux*”) tracta l’evolució històrica d’aquestes dinàmiques des del segle VI fins al III aC seguint un repàs de nord a sud de l’àrea tractada. Ara veiem com els *emporia* apareixeran imbricats al si d’activitats econòmiques d’abast més gran, on ports i *oppida* locals determinen en gran mesura les lògiques dels intercanvis.

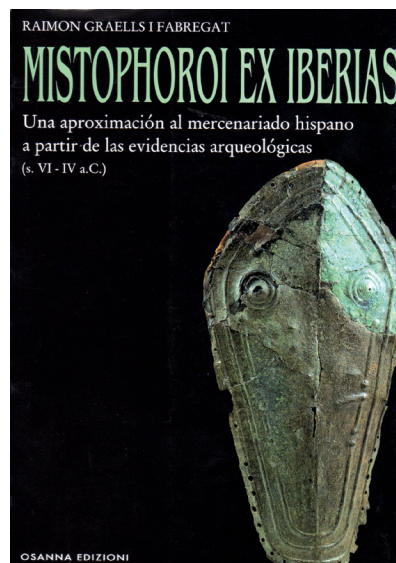
El llibre està molt ben il·lustrat amb potents imatges a color i planimetries de bona lectura. L’autor escriu amb un molt bon coneixement de les dades, algunes de publicació molt recent com ara els contextos gaditans del Cine Cómico, i altres derivades dels seus propis treballs de camp i recerca, com els projectes d’excavació en assentaments repetidament protagonistes del relat, des de Fonteta, a la desembocadura del Segura, fins a Lattes o Pech Maho, al Llenguadoc. Tot i que l’àrea analitzada és àmplia, de la Provença a l’Atlàntic, es troba a faltar una major atenció a la situació del nord d’Àfrica, especialment pel que fa a les costes mediterrànies d’Algèria i el Marroc, per tal d’oferir una visió més integral del Mediterrani occidental.

Hom diria que la presentació de les dades i les interpretacions històriques es fa amb complexos matisos, sobretot pel que fa a les relacions entre migrants —colons, comerciants, artesans...— i indígenes. L’autor accentua l’aspecte de convivència ètnica d’aquestes situacions però passa per alt els conflictes i la violència implícita als contactes o generada com a conseqüència d’ells. Referències a la jerarquia i als processos de diferenciació social tenen un paper preponderant a les interpretacions, a partir sobretot de l’anàlisi de les tombes, de la repartició d’alguns materials o del patró d’assentament als diferents territoris (vegeu per exemple les pàgines 17, 68, 76, 85), tot i que no s’esmenta explícitament la relació entre els processos de jerarquia i les oportunitats obertes pel món mediterrani. En relació amb aquest tema, cal destacar les reflexions que es plantegen en diferents parts del llibre al voltant de la natura d’alguns enclavaments costaners valorant-los com a assentaments secundaris i dependents de poders ubicats a l’interior o plantejant altres patrons d’implantació territorial.

En resum, estem davant una bona síntesi amb dades actualitzades per debatre aspectes universals sobre la mobilitat de persones, coses i idees, el contacte cultural i les situacions de convivència pluriètnica.

Jaime Vives-Ferrándiz Sánchez
 Servei d’Investigació Prehistòrica
 Museu de Prehistòria de València
 jaime.vivesferrandiz@dival.es

Graells i Fabregat, R. (2014). *Mistophoroi ex Iberias. Una aproximación al mercenariado hispano a partir de las evidencias arqueológicas (s. VI-IV a. C.)*. Osanna Edizioni. Venosa. 302 páginas, 62 figuras en blanco y negro. Resúmenes en italiano e inglés. ISBN: 978-888167-456-5.



En septiembre de 2014 aparecía en Venosa (Basilicata, Italia) este sugestivo, documentado y arriesgado libro, que sin duda animará una fértil discusión. Como no podía ser de otra manera tratando de mercenarios, se juntan un título en griego y una acotación en español para el subtítulo. En parte es resultado de aclarar la procedencia de los contingentes humanos, que debe leerse en sentido geográfico y no étnico, en parte también obedece a una moda que designa así a los *mercenarii* (Fariselli 2011; Graells 2011). Aunque se diga siglo IV a. C. se explica que en algunos temas abarca hasta el inicio de la Primera Guerra Púnica. El libro es la culminación lógica de un discurso iniciado por el autor (Graells 2011) precisamente desde ese “Ponent català” que esta revista acoge, continuado con estudios que muestran un gran conocimiento del armamento mediterráneo e hispánico (Graells 2014), en especial con el trabajo sobre los cascos hispano-calcídicos (Graells, Lorrio, Quesada 2014) aparecido solo unos meses antes que la obra que nos ocupa. No cabe duda que el Dr. Graells es uno de los más destacados estudiosos en armamento antiguo a nivel europeo.

El libro, después de los agradecimientos, se abre con el preámbulo de Stefano Vassallo (Soprintendenza di Palermo): “La Sicilia terra promessa per i mercenari iberici”. Le sigue un prólogo redactado por el profesor Markus Egg (Römisch-Germanisches Zentralmuseum de Mainz). Antes de valorar el contenido del libro dará idea del esfuerzo realizado en las cuidadas ilustraciones que reúne y el millar de citas que contiene; por ello se pueden eximir algunas erratas tipográficas, que no alteran la comprensión.

La Introducción es a la vez el primer capítulo y en ella se plantean los ejes expositivos. El autor es consciente del exagerado papel que los mercenarios

ibéricos recibieron como motor de aculturación por parte de determinada bibliografía durante los años treinta a sesenta, así como de la reacción crítica que suscitó (Quesada 1994). Por ello, al retomar el tema, propone un nuevo planteamiento: aplicar a Occidente lo que con éxito se ha documentado en el registro arqueológico del Mediterráneo central, a saber: leer ciertos cambios funerarios y la introducción de determinadas prácticas y armas como evidencia por reducción de la presencia de mercenarios. Se considera que los “mistóforos” no habrían sido simples observadores, siendo capaces de captar y asimilar también el comportamiento y las estructuras militares de los países donde actuaron y, dando por supuesto que al menos una parte debió regresar, se trata de identificar su huella en el registro arqueológico. El problema, como veremos, es que lo que funciona para deducir, por ejemplo, mercenarios campanos en Sicilia, se torna incierto para Occidente, pese al concienzudo —y por ello elogiable— trabajo del autor. Dicho de otra forma, para explicar la irrupción de elementos novedosos se nos propone reducir el discurso comercial y el consiguiente cambio cultural estimulado por las dinámicas internas de las sociedades ibéricas y celtiberas. Debe matizarse, sin embargo, que en ningún momento Graells rechaza completamente la vía comercial, pues advierte textualmente: “sería erróneo considerar todo cambio de carácter militar o mediterráneo como resultante del mercenariado” (página 27). Ese precepto se va a cumplir en la obra, señalándose algunos aspectos, pero es fácil observar como el papel comercial en fenómenos sociales de calado va a pasar a segundo orden y, por supuesto, a mínimos, en temas militares. Ya hemos dicho que estábamos delante de una obra que abre polémicas. De igual forma, dando por sentado la insuficiencia de las fuentes literarias, se propone mediante el registro material retrotraer el mercenariado a unos tempranos orígenes en el siglo VI a. C. con el fin de demostrar que fue una actividad continuada, y que sólo debemos abandonar su búsqueda en el siglo III a. C., paradójicamente no por la falta de escritos sino por la progresiva estandarización de las panoplias. En definitiva se buscan las trazas materiales de los mercenarios desde tres ópticas complementarias: las evidencias fuera de la Península Ibérica, las evidencias en ella y las armas hispanas con carácter mediterráneo que pueden considerarse elementos derivados de dicha actividad.

Era un tanto obligado, para el segundo capítulo, el repaso de las menciones de los mercenarios ibéricos en las “fuentes clásicas”, es decir literarias. El análisis es completo y satisfactorio, y se ofrece al lector el texto griego o latino de los pasajes señalados y su traducción, que en unos casos se sirve de ediciones castellanas y en otros indirectamente de una primera versión catalana. Unas fuentes que tratan de las guerras de griegos contra cartagineses o de romanos contra púnicos y dejan a oscuras una no imposible participación en los conflictos del Sur de Italia, para la que se deberá acudir al registro material. Así, sabemos de la llegada de algunos “mistóforos” a Grecia, pero nada se nos dice con relación a

la expansión siracusana de inicios del siglo IV a. C. por el Sur de Italia, contra Etruria y el Adriático, o en la relación con Tarento y la zona Epirota. Esas fuentes tampoco se interesan por los puntos de enrolamiento peninsulares, para los que se propone la reconstrucción arqueológica, ni se perfilan las características de los grupos hispanos, para los que cabe contar con las previsibles relaciones clientelares, aunque se pueda entresacar algún dato de contrato, paga y duración. En cambio, se pueden deducir aspectos no menores de volumen de contingentes, coincidencia étnica y tipos de combate.

El tercer capítulo se abre con el interrogante: ¿Evidencias de mercenarios hispanos en el Mediterráneo? En él se estudian con detalle ornamentos y armas; aparte de sus características técnicas se encontrará un sólido análisis sobre su carácter. Se demuestra la inconsistencia de la posibilidad de ofrenda de los propios mercenarios y en su lugar se defiende el de *Spolia hostium*, corrigiendo viejos planteamientos de García y Bellido. Por ello debemos entender los broches de cinturón hallados en Mon Repos (Corfú) y Olimpia como derivados de la batalla de Hímera (480 a. C.). En otros casos se distinguen los broches y fíbulas procedentes entre el Ebro y el Hérault, que forman parte del circuito hasta Aleria (Córcega), Liguria y Etruria, diferente de los broches de cinturón aparecidos en contextos de guerreros itálicos o etruscos y relacionables con las bocas del Ebro o Celtiberia, para los que se propone entornos de guerrero. Evidencias materiales de esos mercenarios serían también las cnémides halladas en Hímera, la recuperada en Olimpia, un disco coraza de fines del siglo VI a. C. hallado en Olimpia en las proximidades del Tesoro de Gela y una cabezada de caballo de bronce en Italia con paralelos en la Meseta desde el siglo V a. C., objetos todos estudiados con detalle.

La presencia mercenaria se reforzaría con algunas identificaciones iconográficas: en una lastra pintada de Cerveteri aparece un guerrero no etrusco armado con un casco calcídico de gran *lophos* y llevando en el pecho un disco coraza fijado con un sistema de cuatro correas, exclusivo de los tipos hispánicos. El equivalente en cerámica sería la crátera ápulo-lucana Viena 218, donde se habrían representado intencionadamente dos guerreros con particularidades exógenas, identificados como un mercenario campano o samnita y otro hispano. El segundo sería el guerrero que lucha protegido por un disco coraza de cuatro correas (Graells 2014) y con un casco cónico tipo Pilos decorado con lunetas y borlas; su compañero luce un casco calcídico en la línea de los futuros cascos hispano-calcídicos, pero sostiene un escudo de tradición ápulo. A favor del mercenario peninsular se argumenta la singularidad de las tres lanzas que porta (con paralelos en Celtiberia) y el tipo de disco coraza (coincidente con modelos de la segunda mitad del siglo V a. C.). En definitiva, la crátera reflejaría el aura exótica de los mercenarios foráneos. Sin pretender rebatir esa propuesta, llama la atención la rara desnudez del mercenario hispano, no imposible en algunos exvotos de bronce, pero menos habitual en la iconografía peninsular; tal vez debería considerarse el filtro que supone la mano del artista lucano.

Sí es una lástima que, con el fin de reforzar la argumentación, tan admirable estudio de elementos militares como el presente dé por válida la falsa inscripción celtibérica contenida en una *enochoe* lucana del Museo Cívico de Catania, vaso que desde finales del siglo XVIII guardaron los Benedictinos de esa localidad, y que no corresponde con la inscripción griega publicada por Trendall (1967: 510). Graells cae en el error introducido por García y Bellido (1939: 123-125), quien la dio por buena y rebatió sin argumentos la sensata intuición ya apuntada por Löschcke en 1877: era obra de un “moderno sicano benedictino” que pretendía probar la procedencia ibérica de los sicanos de que habla Tucídides (6, 2, 2). Aunque no hemos realizado una autopsia, son suficientes la carencia de inscripciones celtibéricas tan antiguas, la incongruente paleografía para el último tercio del siglo IV a. C. y la propia lectura de la inscripción: **árekoń**, que se pudo tomar de las emisiones de la celtibera **árekońata** en que aparece así partida.

Ese punto epigráfico, muy secundario, no debe anular la interesante idea central del capítulo: ver los materiales “ibéricos” en los santuarios griegos como ofrendas griegas sicilianas, una alternativa a tener presente frente a la lectura tradicional, de nuevo de García y Bellido, que interpretaba como evidencias directas las ofrendas realizadas por los propios mercenarios en su paso por Grecia.

Se prosigue, en el capítulo cuatro, con un estudio de la panoplia y las armas griegas de los siglos VII-IV a. C. en el Mediterráneo occidental. Vamos a ver una lectura crítica de la opción comercial y una propuesta que considera los cascos corintios como resultado de mercenarios hispanos en áreas mediterráneas durante la primera mitad del siglo VI a. C. Le sigue el estudio de las mal llamadas puntas de flecha de tipo Olimpia, pues se demuestra que son propias de un circuito militar del Golfo de León, Ampurias y Sicilia.

Para el capítulo cinco se deja el análisis de la panoplia y armas etruscas de los siglos V-IV a. C. halladas en la Península, que se concretan en dos cascos y una pieza de carro. De esta última se propone el saqueo de una tumba etrusca meridional, siguiendo una corriente que otros autores han aplicado a la presencia de un trípode de bronce etrusco en Agde. Los dos cascos de Gavà son revisados de forma ejemplar. El resultado lleva a proponer para el núm. 1 un taller etrusco septentrional de la primera mitad del siglo IV a. C., para el núm. 2 se señalan un mínimo de 36 paralelos y un origen en la Etruria interior o Umbría desde la segunda mitad del siglo V a finales del IV a. C. Sobre las vías de llegada se señala la Italia meridional y la necesidad militar reactivada allí en el siglo IV a. C., que solucionaría la ausencia de comercio etrusco con el Occidente en esa cronología.

Con el capítulo seis llegamos a los elementos de influencia céltica de los siglos V-IV a. C. hallados en el levante de la Península Ibérica. Abre la exposición el debate sobre las espadas tipo La Tène: antes de su generalización serían los mercenarios los introductores de las espadas del tipo III (350-280 a. C.) en los casos de La Pedrera (Lleida), Quintanas de Gormaz (Soria) y la tumba núm. 7 de Baza (Granada), la última una

importación itálica directa. Sobre una vaina soriana del siglo IV a. C. se considera una producción local, aunque influenciada por unos esquemas decorativos internacionales ausentes en la Celtiberia de esa época, lo que remitiría a la huella de mercenarios. Para los cascos de hierro, todos de la segunda mitad del siglo IV a. C., se proponen dos posibles procedencias, la centroeuropea y la celtoitálica. En el caso de La Pedrera se debería a una corriente alpina, resultado del periplo de unos mercenarios ilergetes en Italia meridional. Parecido al de Pedrera sería el de la tumba 27 de Galera (Granada). En cambio, el casco de la tumba 478 de Cigarralejo (Mula, Murcia) es próximo a un ejemplar de Hallstatt y apareció en un ajuar que puede representar la recopilación de enseres a lo largo de un periplo mercenario. Quedan por incluir en el discurso un fragmento hallado en Castellones de Ceal y un numeroso conjunto recuperado en Benicarló todavía pendiente de publicación. También los escudos con umbos bivalvos, un grupo antiguo del Sureste representado por las tumbas 395 y 483 de El Cigarralejo, posteriores al segundo cuarto del siglo IV a. C. y tal vez los ejemplares de Villaricos, Pozo Moro e Hinojal. Otros objetos serían los broches de cinturón con decoración calada, los brazaletes y fichas de juego de pasta vítrea y las piezas discoidales vítreas en muchos casos ya del siglo III a. C., pero necesarias para entender una adaptación a usos hispanos. Aquí el autor sigue un reciente trabajo de Diliberto y Lejars (2013), en la línea explícita de justificar la circulación de personas en lugar de la circulación de bienes. Una propuesta arriesgada, pero coherente con el enfoque general, es la de señalar puntos de embarque mercenario en la zona Bastetana. Esos guerreros hispanos que habrían actuado en la Italia central, y aún en la zonas ápuła y macedonia, habrían impulsado también la introducción de la falcata, aunque ya no hablemos ahora de un arma céltica.

La parte final del capítulo anterior lleva a enlazar con el séptimo: los elementos de influencia ápuła, epírota y macedonia del siglo IV a. C. en el Mediterráneo occidental. Entre ellos destacan las muserolas de bronce con cazoleta, también las sítulas y cráteras bronceas que, aunque no sean armas, forman parte de diversos conjuntos, acompañados por entalles de bronce sobre pasta vítrea. Contra la idea comercial, se remite a su contexto y escaso volumen, más después de ser analizados en subgrupos. Las diversas sítulas llevan a reconsiderar las piezas del pecio de El Sec (Mallorca) en un contexto ápuła-macedonio sin paralelos en la península, sugiriendo que podrían ser dones para captar mercenarios.

Encontraremos en el capítulo ocho las panoplias y armas de filiación suritálica halladas en el Mediterráneo occidental. Se trata de dos elementos: un cinturón samnita en Puig de la Nao (Benicarló, Castellón), de inicios del siglo IV a. C., y la coraza anatómica de Almuñecar, de la segunda mitad del siglo IV a. C. Para dicha coraza ya Maluquer de Motes propuso en 1974 que fuese el trofeo de un mercenario ibérico, corregido por Graells en un régulo local que recopilaba armas a lo largo de su

actividad como mercenario en Italia o Sicilia. El autor remite al ejemplo de los *mistophoroi* ya aludidos en La Pedrera (Térmens-Vallfogona de Balaguer, Lleida), que habrían visitado el entorno suritálico o tal vez el de Grecia septentrional. Debe advertirse que la reconstrucción de los conjuntos de La Pedrera es una posibilidad no cerrada, pues la intervención en 1958 fue la que fue y generó una documentación deficiente; también debería considerarse la ausencia de tumbas ilergetes para ese período, al margen claro está de las que nos ocupan, un fenómeno preocupante y que puede tener una lectura en clave de progresión de las jerarquías internas, que ahora conocemos mejor gracias a la larga tradición poliorcética de fortalezas que comienza en la región ya en la Primera Edad del Hierro. El tiempo y la investigación dirá, pues todavía ignoramos muchos aspectos de los ilergetes. La propuesta de Graells se concreta en unos aristócratas ilergetes mercenarios de ecos casi homéricos, capaces de salir a buscar fortuna muy lejos, dejando la de origen no sabemos a cargo de quién, pese a la propuesta de “amistad ritualizada”, que uniría aristócratas en relaciones de mercenariado y relegaría el papel comercial.

Las monedas griegas de los siglos VI a IV a. C. halladas en la Península Ibérica constituyen el breve capítulo nueve, acompañado del mapa de la figura 53 sobre su distribución. Superada la lectura de ver su presencia como un resultado de la bolsa de los mercenarios regresados, se distingue el entorno comercial de *Emporion* de otros puntos meridionales peninsulares, que reforzarían su papel de centros intermediarios o reclutadores defendidos por otros hallazgos.

Con el capítulo diez llegamos a las armas hispanas derivadas de la actividad mercenaria. En primer lugar se hace un interesante resumen de los cascos hispano-calcídicos de Celtiberia, un total de 32 ejemplares con filiación en los modelos suritálicos de los siglos V-IV a. C. La ausencia de hallazgos intermediarios lleva a justificar la acción mercenaria, considerando el Valle del Ebro una vía abierta para el reclutamiento más que para canalizar la actividad comercial. Después se aborda la cresta metálica para casco de la tumba 277 de El Cigarralejo, y las corazas con discos para *ptéryges*, que se correlacionan con producciones suritálicas por la misma vía. Finalmente, se propone comparar la tumba más rica de la vetona La Osera con la más rica de Cabecico del Tesoro, ambas de mediados del siglo IV a. C., dos conjuntos de materiales peninsulares debidos a la influencia de los *mistophoroi*.

Un último capítulo, el once, hace de Conclusión, una recapitulación de lo expuesto. Los mercenarios significaron una acción ininterrumpida en el tiempo, no se limitó su papel al de una mera fuerza de combate y su abastecimiento inicial en el nordeste peninsular se fue desplazando hacia el sureste y el mundo celtibérico. Si las fuentes literarias hablan de una presencia en Sicilia y Grecia, esta debe ampliarse al inmediato Sur de Italia y a un período de tiempo anterior a esas mismas fuentes. Al final, todo el fenómeno mercenario hispano sugiere, más

que una “helenización” de las sociedades hispanas, una “mediterraneización” de sus círculos militares. En definitiva, la arqueología detecta unos cambios, pero su interpretación sin fuentes literarias deja el tema en ese punto. Por consiguiente felicitamos al autor por su excelente estudio y esperamos a ver qué sucede en el futuro con las reconstrucciones interpretativas. Tanto si se está de acuerdo con el nuevo papel de los mercenarios como si se tienen dudas, es obligado leer el libro, pues decíamos al principio que es una obra compleja y útil en más aspectos de los que estas líneas puedan dar a entender.

Ignasi Garcés
Universitat de Barcelona
garcés@ub.edu

Bibliografía

DILIBERTO, M.; LEJARS, Th. (2013). Un cas de mobilité individuelle aus IV^e et III^e s. a. C.: l'exemple des pièces de jeu d'origine italique trouvés au nord des Alpes. En: A. COLIN, F. VERDIN (dirs.). *Mobilité des homes, diffusion des idées, circulation des biens dans l'espace européen à l'Âge du Fer. Actes du XXV^e Colloque de l'AFAEF (Bordeaux 2011)*, Supl. 30 d'Aquitania, Bordeaux: 439-458.

FARISELLI, A. C. (2011). Cartagine e i *mistophoroi*: riflessione sulla gestione delle armate puniche dalle guerre di Sicilia all'età di Annibale. En: J. C. COUVENHES, S. CROUZET, S. PÉRÉ-NOGUÈS (éds.). *Pratiques et identités culturelles des armées hellénistiques du monde méditerranéen*. Hellenistic Warfare 3. Bordeaux: 129-146.

GARCÍA Y BELLIDO, A. (1939). Los iberos en Sicilia. *Emerita*, 7: 71-125.

GRAELLS, R. (2008). *Mistophoroi* Ilergetes: el ejemplo de las tumbas de Caballo de la necrópolis de la Pedrera (Vallfogona de Balaguer-Térmens, Catalunya, Espanya). *Jahrbuch RGZM*, 55: 81-158.

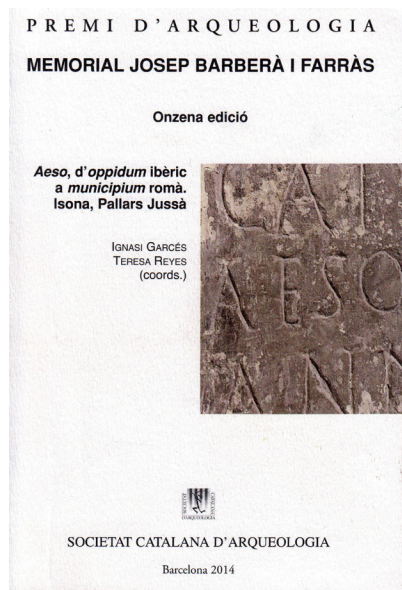
GRAELLS, R. (2014). Los discos-coraza de la Península Ibérica. *Jahrbuch RGZM*, 59: 85-244.

GRAELLS, R.; LORRIO, A.; QUESADA, F. (2014). *Cascos Hispano-calcídicos. Símbolo de las élites celtibéricas*. RGZM Kataloge Vorund Frühgeschichte 46. Mainz.

QUESADA, F. (1994). Vías de contacto entre la Magna Grecia e Iberia: la cuestión del mercenariado. En: D. VAQUERIZO (ed.). *Arqueología de la Magna Grecia, Sicilia y la Península Ibérica*. Córdoba: 191-246.

TRENDALL, A. D. (1967). *The red-figured vases of Lucania, Campania and Sicily*. Vol. 2. Oxford.

Garcés, I., Reyes, T. (coord.) (2014). *Aeso, d'oppidum ibèric a municipium romà. Isona, Pallars Jussà*. Societat Catalana d'Arqueologia. Barcelona. 57 figuras b/n. 191 pàginas ISBN: 978-84-939254-4-4.



La necesaria publicación de la recopilación de todo el conocimiento arqueológico generado desde finales del siglo XVIII hasta la actualidad en torno al municipio romano de *Aeso* (Isona, Lleida) es un feliz y anhelado esfuerzo que se ha visto distinguido con la onceava edición (año 2014) del Premio de Arqueología Memorial Josep Barberà i Farràs que cada año otorga la Sociedad Catalana de Arqueología, cuyo prestigio se ha consolidado mediante el reconocimiento de la calidad de trabajos de investigación por lo común inéditos y su inmediata publicación (Martín 2013: 1-2), hecho inaudito hoy en día.

La coordinación del volumen que tenemos entre las manos ha reunido, por un lado, los estudios multidisciplinares ya editados de algunos de los investigadores que habían analizado uno u otro aspecto de *Aeso*, con el objetivo declarado de ofrecer conjuntamente por primera vez un estado de la cuestión que supere una reunión de artículos independientes. Por otro lado, más allá de una siempre bienvenida compilación de datos antes dispersos, la principal aportación de la obra es la publicación de las novedades arqueológicas más recientes y, a la luz de éstas, la revisión de algunas de las hipótesis erigidas hace ya un tiempo en torno a los orígenes de *Aeso* en base a los resultados de las actuaciones más antiguas.

La mayor parte de las líneas que componen el prólogo de la obra está dedicada a los agradecimientos como suele ser preceptivo, pero su encabezamiento es llanamente una declaración de intenciones: la publicación de la monografía debe superar antiguos naufragios y ser el origen para la labor científica en torno a *Aeso* de un nuevo periplo de larga trayectoria. Sorprendentemente a estas alturas, el estancamiento de la investigación no era tan solo evidente en el

caso de *Aeso*, sino que era extrapolable al estado del conocimiento de la mayoría de los centros administrativos romanos del interior de Cataluña. Es, sin duda, una más de las incontables consecuencias que nacen de la consolidación de políticas absurdas que, fruto siempre de la ignorancia, han estado centradas en promocionar y favorecer económicamente unos territorios por encima de otros en pos de un selecto y apremiante enriquecimiento, minando irrespetuosamente la estructura histórica del país. Afortunadamente, con la publicación de este volumen, *Aeso* se une al despertar de otros yacimientos que, como *Iulia Libica* (Llívia), *Vrgellum* (La Seu d'Urgell) o *Sigarra* (els Prats de Rei), en contra de lo mucho que prometían a partir de muy poco, parecían condenados al olvido. La equilibrada calidad que la investigación de la red de antiguas ciudades romanas ha alcanzado en otras comunidades como Andalucía, Aragón y Valencia es, sin discusión, un ejemplo a seguir.

Tras un breve primer capítulo de carácter introductorio que desvela la estructura general de la obra, el capítulo segundo despliega la contextualización del entorno geoestratégico del yacimiento. A través de ella, se ofrece al lector una aproximación comarcal a los aspectos geográficos, medioambientales, económicos y administrativos que han condicionado la historia conocida de la actual villa de Isona con el objetivo de permitir una mejor comprensión global dentro del territorio de lo que pudo ser la antigua *Aeso*, su precedente en época ibero-romana. Dentro de este mismo capítulo se analiza también desde una perspectiva comarcal y de manera muy sucinta la evolución de la red viaria a lo largo de la historia. Sorprende que tan solo se sospeche de la existencia de una red de caminos secundarios que, sin duda, en la Antigüedad debían comunicar *Aeso* con el resto del mundo. Sin embargo, tanto el análisis de territorio que llevó a los propios autores en 1998 a proponer la existencia de un *ager aesonensis* centuriado (véase capítulo 9) —con lo que el diseño de este tipo de parcelación puede comportar en infraestructura viaria—, como estudios de cierta solera y análisis recientes no considerados (Pons 1994: 86-87, 353-354; Sales y Salazar 2013), estarían proporcionando fundamentos de peso al respecto. En efecto, el conocimiento arqueológico que se ha alcanzado del territorio de otros yacimientos en comarcas colindantes ha demostrado que, al menos en época romana, el desarrollo de la infraestructura viaria que relacionaba los centros urbanos del interior como *Ilerda*, *Iesso*, *Iulia Libica* o *Sigarra*, gozaba de cierta sofisticación, pudiendo hablar de la existencia de auténticas *viae* en el sentido clásico del término (*Dig.*, 8, 3, 23); es decir, pensadas para la circulación de carruajes de considerables dimensiones y con una importante capacidad de carga, que situaban a todos estos núcleos en el mapa no ya de Iberia o de Hispania, sino del mundo conocido en la Antigüedad. Los propios datos empíricos que se nos ofrecen aquí de *Aeso* contradicen, en pos de la lógica histórica, que este *municipium* pudiera haber sido una excepción en lo concerniente a este aspecto. Esto no excluye que, como bien se señala, los tradicionales “camins de bast” —término que en catalán designa aquellos caminos por los que no se podía transitar con carro